

EL VIEJO HUELEN, UN CHARLADOR INFATIGABLE

El Santa Lucía acaba de cumplir cien años. El viernes pasado, luego de 11 días, el Municipio de Santiago terminó los festejos. Hubo ceremonias, exposiciones, conciertos, conferencias y exhibiciones, estos últimos con la mayor concurrencia.

Como buen cerro, refugio de parejas amorosas y sitio preferido de niños juguetones, es un lugar agradable. Tiene personalidad. Y como viejo es un charlador infatigable, de buena memoria.

—¿Por qué?

—Muchos. Además me han platicado, filmado y fotografiado día y noche. En eso se lo gano a la Iglesia San Francisco.

—¿Le han dedicado muchos versos?

—Bastantes. Claro que aquí, entre nosotros (no para publicarlo) le diré que la mayoría han sido muy malos. Me recuerdan los poemas de los poetas de la época, los que han hablado de "mi verde follaje" y de mi "atrapa belleza". Pero, en fin, son malos necesarios.

—No considere viejo verdad?

—Pues responderle a esa pregunta me limitaría a citar unos versos del cubano Guillén. Me halagaron. Visto al país, me miró y escribió lo siguiente: "Cerro de Santa Lucía / un poquito en la noche / tan inocente de día".

—Perdone, pero es inevitable. Hablemos del pasado.

—No hay problema. Usted sabe, los indios me llamaban "Huelén" o sea "dolor".

Decidí hacerle una entrevista.

—¿Huelén?, le pregunté, tratándolo como a una Miss Chile.

—629 metros sobre el nivel del mar. Pero si me mira desde Alameda, sólo me empino a los 60°.

—¿Y superficial?

—37.607 metros cuadrados. Chiquito pero en ningún caso estrecho.

—¿Qué es lo que más le carga?

—"Que me digan despectivamente "bajito verde". Lo considero una infidencia".

Claro, en esos años era horrible. Aquí llegaban personajes famosos como el cacique Vilacura. Se cuenta con sus colegas. Decían que era el sitio estratégico para mirar todo el valle. Yo estaba entonces entre dos brazos del río Mapocho.

—¿Y qué ocurrió con Valdivia?

—Lo inevitable. Llegó y acompañó a un abuelo, con un gusto. Me cambió de nombre y fundó Santiago. Fue en 13 de diciembre de 1540. Don Pedro era muy teatral. Sapo darle colorido al acontecimiento. Claro que llamé Santa Lucía considero que es como llevar el nombre de una marca de vino.

—¿Después?

—Cualquier cantidad de cosas. Me crecieron chozas, fui testigo de guerras, escondite de los desafortunados. Años oscuros sobre. En 1816 fue polvoriento. Casimiro Marín del Pórtal me puso encima dos baterías. Lo hizo para ayudar a los patriotas. A Casimiro le ponían en vida Manuel Rodríguez, no tipo luto. Claro, el oráculo era acorralado.

—Son recuerdos tristes, sin duda.

—Eso no es nada. En 1820 me transformaron en panteón para berejes. Un valga cementerio para malditos. Aquel oprobio terminó en 1872, menos mal.

—¿Confirmando lo de su cañón, fue que da los 12°.

—Ah, sí. Es la pregunta más repetida que escucho. Nada de original le diré. En 1824 anduve por aquí un zoólogo de apellido Loxley y me instaló su cronómetro. Después de eso empezó a disparar cada 24 horas. En 1841 la solía para el catonazo me la daba un hombre, agitando una bandera roja desde la calle Huelén. Los vecinos me escuchaban y partían corriendo a sumarse. También aparecieron por aquí unos norteamericanos, la Misión Olla. Me instalaron un observatorio astronómico. No era moderno, claro. Pero para esa época. ¿Qué tiempos aquellos! Todo muy folklórico. Las lindas santiguas bailaban minué y los caballeros daban de poleras.

—¿Y cuándo apareció Benjamín Vicuña Mackenna?

—Un día feliz. Ese caballero era inteligente, amén de solido, historiador y escritor. Venía llegando de Europa y decidió hacerse justicia. Como era pobre pidió la ayuda del vecindario, juró dinero y que conviviera en lo que soy, un poco, pero ingrat de fama mundial.

—¿Claro?

—Yo no exagero. Imagínese, a más años para que decís una cosa por otra? Cuando vienen turistas se quedan plantados frente a mí con la boca abierta. ¿Cómo, dicen, un cerro tan original en pleno centro de una ciudad tan horrible?

—Pero Vicuña Mackenna tuvo muchos sucesos por su obra.

—Claro. Párron los tipos quienes lo combatió. La dieron de una hasta mil por los diarios. Le dieron que gozaba plaza inútilmente, habiendo tantos pobres. Pero yo digo (aunque la belleza no muestra) Recuerdo que el que puso más plata para mi transformación fue el general peruano Mariano Ignacio Prado. El levantamiento lo hizo Filas Miquez de la Plata. La obra la dirigí yo tal Ernesto Lasar. Y entre 1897 y 1901, o sea en el paso de un siglo a otro, cuando la gente hablaba de "acabo de mudarse" yo continuaba hermosándose. Incluso hubo que exportar dos kilos para hacerse una subida de escaleras de estilo barroco neoclásico frente a la Biblioteca Nacional. La palabra "expropiación" era, entonces, cosa de diablo.

—Su mayor satisfacción?

—El que no exista santiaguino que no me haya dedicado un pensamiento honesto.

—¿Ha mayor desconfianza?

—Continuar sirviendo al país con espíritu público y ojalá en el Ministerio de la Familia.

EL SANTA LUCÍA. Hace cien años, Vicuña Mackenna lo transformó. Antes era un bañal.

El viejo Huelén, un charlador infatigable [artículo] Marcos Pillán.

Libros y documentos

AUTORÍA

Pillán, Marcos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El viejo Huelén, un charlador infatigable [artículo] Marcos Pillán.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile